



ANEXO 4

LA LOZANÍA DEL AMOR ESPONSAL Las formas del amor

Se podría pensar que al interior del matrimonio, la sexualidad normalmente es fuente de felicidad. Sin embargo, quienes tienen oportunidad de recibir las confidencias de los esposos: los psicólogos, los psiquiatras, los consejeros espirituales, etc., a menudo constatan una realidad muy diferente. Muchas veces no es fuente de felicidad, sino de conflictos, de decepciones y de discordias. ¿Por qué se dan estas situaciones? Los motivos pueden ser de diverso género. Destacaremos en este artículo uno que reviste especial importancia. A saber, la carencia de una cultura de las caricias en la relación esponsal.

En el amor esponsal se entrecruzan y fusionan (ese es el ideal) todas las formas del amor: *el amor espiritual, el amor sexual instintivo, el amor afectivo-sensible y el amor sobrenatural. El amor de los esposos es un amor en el cual lo espiritual se encarna y lo carnal se espiritualiza.* El instinto sexual animal desconoce esta riqueza. Es unidimensional. También la desconoce el amor espiritual propio de los seres angélicos. Sólo el ser humano puede gozar de la plenitud de este amor.

Armonizar la complejidad

Ahora bien, donde está la riqueza del amor esponsal, **también radica su problemática.** No resulta fácil armonizar y fusionar las dimensiones del amor de los esposos. Quienes están llamados a amar y a ser amados de esta forma, a menudo sufren las tensiones y extrapolaciones que se dan en este campo. La relación íntima de los esposos suele reducirse sólo a la búsqueda del goce sexual-genital, pasional e instintivo, sin que en él se integre suficientemente la dimensión personal-espiritual del amor. También se puede dar una reducción en el sentido contrario, por la acentuación de la dimensión “espiritual” o “sobrenatural”, que no asume enteramente lo carnal o que, incluso, tienda a infravalorar esta dimensión o ver en ella hasta pecaminoso o “impuro”.

El origen de estas desarmonías o extrapolaciones deriva de nuestra condición ontológica: el ser humano es un ser complejo, es espíritu y cuerpo. La armonía de su ser es una tarea por realizar. Además arrastra las consecuencias y heridas que dejó en su naturaleza el pecado original.



Por estas razones, el amor esponsal implica siempre una continua tarea de autoformación, de rectificación, un constante trabajo de integración. Quienes no lo realizan, deben contar con que los síntomas de la desintegración rápidamente se dejen sentir en la vida matrimonial.

El eros

Para medir el grado de la armonía, la calidad y la plenitud del amor esponsal, **tal vez lo más adecuado sea observar la condición de la relación afectiva-sensible del amor mutuo.**

El amor instintivo sexual, el amor espiritual y el amor sobrenatural, pueden darse, por así decirlo, en estado “puro”. El amor de amistad, el amor sexual animal o el amor de caridad, pueden ser, de algún modo, amores “completos” en sí mismos. Cuando estos amores se integran y se asumen el uno en el otro, se da el ámbito de un amor típicamente humano. Es el ámbito del amor afectivo-sensible, que se expresa en la caricia y en la ternura, **que hace del amor espiritual un amor marcadamente cálido, del amor sobrenatural una manifestación de la hondura y cercanía del amor del Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros.**

A este amor lo llamamos “eros” o amor “erótico”, en el mejor sentido de la palabra. Por esta forma del amor, la persona ama a alguien en su totalidad físico-espiritual. **El amor espiritual se hace gesto sensible, amor cálido, que manifiesta lo que anida en el alma de quien ama. Se expresa en la caricia, que no está orientada directamente a la esfera sexual.** En una caricia de amor que a su vez protege y fortalece el amor espiritual. Sin ella el amor espiritual correría el peligro de perder su fuerza y fuego propios.

Si los esposos cultivan el eros, entonces la dimensión sexual de su amor esponsal **contará con un respaldo que garantiza su calidad humana y evita caer en una sexualidad genital puramente pasional e instintiva.** Un matrimonio donde haya cabida para la ternura, para la caricia desinteresada, para el pequeño gesto de amor, para un saludo cariñoso, para una palabra benevolente, para un piropo halagador, verá cómo florece su amor y se mantiene siempre joven y lozano. **El amor erótico es una protección y un resguardo; que enaltece la sexualidad, que la reorganiza y sana. Por ello es capaz de hacer de ésta una fuente de felicidad duradera y no meramente fugaz.**

Un gran desafío



Ahora bien, **el cultivo del amor erótico constituye un gran desafío para los esposos.** ¿Por qué? Porque generalmente éstos se mueven entre dos extremos: entre lo sexual-genital y lo espiritual-sobrenatural, pero tienden a descuidar el campo del eros, quedando relegadas al pasado la época del enamoramiento y del encantamiento mutuo.

El amor al tú tiene que expresarse sensiblemente para dar un mensaje que despierte y cautive al cónyuge, y haga palpar de nuevo su corazón. Así se supera esa nefasta carencia de ilusión de esposos que no sueñan o que olvidaron la poesía de la vida. Sería triste pensar que los ensueños quedaron definitivamente sepultados en aquel diario personal o en aquellas cartas del tiempo del pololeo o del noviazgo. **Sería lamentable que no hubiera más ilusión.** Desgraciadamente, no es extraño que el estilo de vida hiperkinético, estresado y materialista que llevamos termine marchitando la delicada planta del amor conyugal.

Hacerse mutuamente hermosa la vida

¿Qué hacer para despertar y cultivar el amor? **Es preciso redescubrir en el cónyuge los rasgos de encantamiento que ciertamente posee y que fueron los que generaron el enamoramiento cuando se conocieron por primera vez.** No dejemos que se cubran de polvo y se pongan opacos. Es preciso volver a seducir sanamente a nuestro cónyuge, siendo cortés, afable, atento, obsequioso, esforzándose por agradarle.

Es preciso recobrar la juventud del amor; volver a admirar al tú; y redescubrir su hechizo, siendo a la vez «encantador», atractivo, es decir, capaz de atraer, de conquistar su amor, con nuestra manera de ser, de hablar, de vestirnos... Ambos esposos deben darse a esta hermosa tarea.

Si en la mañana nos levantamos con desgano y andamos desarreglados o «como vengas»; si no nos importa la sensación que generamos en el otro; si sólo pensamos en nosotros o en el trabajo que tenemos por delante, y no reparamos en lo que está sintiendo nuestro cónyuge, por supuesto que así no resultan las cosas. **Si pensamos que «tengo seguro» a mi cónyuge y me dejo estar, entonces, tarde o temprano, se enfriará la relación mutua.**

El cultivo de las caricias

Resumiendo: el amor erótico se relaciona con el mundo de la ternura y de las caricias al interior del matrimonio. La caricia es un gesto (una mirada, una palabra, un ademán, una forma de trato, etc.) que manifiesta un amor gratuito centrado en el tú. Es un gesto que permite decir a la persona amada que nos gusta que sea como es, que nos agrada, que estamos felices de que exista, y que ella merece todo nuestro amor y admiración.



Pero hoy, por desgracia, la caricia que expresa el eros ya casi no se da, más bien se practica la caricia como una especie de «ingeniería de excitación sexual». Lo cual, por cierto, es rechazado por una persona noble que no quiere ser amada ni buscada sólo por el placer que puede procurar, sino que anhela ser querida por sí misma.

La caricia puede llegar a adentrarse y a abarcar el campo sexual-genital, pero es un gran error pensar que toda caricia tiene esa connotación. Por ejemplo, cuando le damos un abrazo a un hijo, sería un absurdo pensar que ello tiene que ver con el líbido. Por cierto que no. Simplemente es la manifestación de nuestro amor que busca expresarse sensiblemente. Igualmente absurdo sería pensar que las caricias de aquella mujer que se



acercó a Jesús “y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume”(Lc 7, 38-39), tenía otro interés que no fuese manifestarle su amor y arrepentimiento.

Pensemos lo que significan las caricias para el niño y, por otra parte, las consecuencias psicológicas que ocasiona en él su ausencia. Para que un niño llegue a poseer una correcta autoestima, necesita imperiosamente de las

caricias de sus padres, porque éstas le están diciendo: «estamos felices de que tú seas quién eres»; «tú nos interesas»; «te protegemos porque te queremos». El niño experimenta así, en forma vivencial, subconsciente, que es bueno que él exista, que no está solo, que hay alguien que lo acoge con benevolencia en este mundo. Y esto no porque los padres se lo explican con palabras, sino como fruto de la experiencia vital de ser acogido y estrechado en los brazos del papá o de la mamá.

Lo que expresan las caricias

Algo semejante se da en las caricias de los esposos. Poseen un poder terapéutico y vivificante. Von Gagern explica en su libro *Para Esposos*: “**La forma más básica de todas las caricias es la proximidad corporal.** Ya el niño recién nacido necesita de la irradiación corpórea de la madre, presencia simple de creatura viviente para así experimentar la sensación de amparo. Pero sabemos qué importante papel puede desempeñar este deseo de sentirse cobijado, también en el adulto. El niño lo recibe, **pero también el adulto necesita sentirse amparado. (...)** De manera similar produce tranquilidad, sosiego,



calor y sensación de amparo, si dos seres humanos que se aman descansan juntos, escuchando el palpitar del corazón del otro, percibiendo el ritmo vivo de un cuerpo amado que respira. Presumiblemente medien aquí recuerdos prenatales de la experiencia del amparo en el nosotros primitivo que constituyen la madre y el feto.”

En lo más profundo de nuestro ser seguimos siendo creaturas, niños... Por eso es importante que ese desvalimiento espiritual que todos sentimos, ese desamparo existencial al cual todos estamos sujetos, que tiene su origen en nuestras limitaciones personales, en un fracaso, una enfermedad o en situaciones semejantes, sea sometido a la terapia de alguien que nos haga sentir sensiblemente: yo te amparo, estoy cerca de ti, te cobijo en mi corazón. Ese cobijamiento, además, desde la perspectiva sobrenatural, es expresión y camino del cobijamiento en el corazón de Dios Padre.

¿Sentimos, como esposos, ese cobijamiento que da la proximidad corporal de nuestro cónyuge; ese sosiego o descanso mutuo escuchando el palpitar del corazón del otro? Estas son realidades tremendamente importantes, que determinan en gran parte la calidad de nuestra vida conyugal.

¿Qué se dicen los esposos cuando se toman la mano? ¡Yo camino contigo; te acompaño; cuentas conmigo! ¡Vamos juntos! **Necesitamos expresarlo sensiblemente.**

Nuestra felicidad (y santidad) matrimonial, en gran medida se juega en el cultivo de estas manifestaciones gratuitas de ternura y de delicadeza. Son caricias que van desde una mirada cariñosa a un cogerse por los hombros o la cintura, a jugar con el cabello o el peinado de nuestro cónyuge, a regalarle una flor, o a tantas otras cosas aparentemente «innecesarias», que sólo el amor entiende y sabe inventar.

«Me encanta como te ves». «¡Qué bien te queda ese vestido!» «¡Qué rico lo que preparaste!»... Con estas y otras expresiones estoy acusando recibo de la caricia, de la ternura que me demostró mi cónyuge al preparar tal postre. Acuso recibo y eso me renueva y me hace feliz.

Aquí se abre todo un mundo por descubrir; un mundo que es *camino, expresión y garantía* de nuestra felicidad y santidad matrimonial. Los esposos, por vocación propia, están llamados a vivirlo y a mostrarlo; ellos deben redimir la expresión sensible de cariño y devolverle el sentido querido por Dios. Esto también forma parte importante de la educación de sus hijos. Si no lo hacen, éstos se guiarán por el modelo que les presenta el cine, las telenovelas y la práctica de sus compañeros de colegio.

Von Gagern hace el siguiente resumen: “Sintetizando, podemos **decir que las caricias bien entendidas tienen en sí y de por sí un sentido intrínseco de valor propio, a saber: el de manifestar el mutuo amor, confirmar al tú con el «sí» aprobatorio, gozar con la proximidad y finalmente con el contacto personal, querer y hacer bien el uno al otro, regalarse, ayudarse y mostrarse en el juego amoroso, que se aman, para así acrecentar**



la sonrisa del alma, fruto de la dicha. Más con esto, no sólo *se expresa* algo, sino que además *sucede* algo en la comunión. Pues todo cuánto se hace juntos fomenta la comunidad, libera al yo de su aislamiento, crea una relación con el tú como con el propio ser, conduciendo así hacia el «nosotros» que es la redención. Yo experimento vivencialmente la proximidad, el calor humano, la vitalidad, el vigor y la bondad del tú.

Pero, *nosotros* nos experimentamos el uno al otro, jugamos juntos, *con-versamos* en vivo coloquio e intercambio de llamado y respuesta, nos alegramos el uno al otro y, por el otro, en nosotros mismos. El sentido que posee este acontecer determina la esfera interior de donde parten las caricias y, lo que es mucho más, define en última instancia si lo que se hace es un acto de castidad conyugal o de lujuria."

¿Percibimos la importancia y las proyecciones del amor-eros?

(P. Rafael Fernández)